

Adriana Assini

Sueños DiVinos

Estudio, traducción y edición María Reyes Ferrer



© Sueños DiVinos
© Adriana Assini
© Estudio, traducción y edición Maria Reyes Ferrer

© 2017, ArCiBel Editores, S. L.

Diseño de Portada: Gabinete gráfico de ArCiBel Editores, S.L.
Imagen de portada: Adriana Assini

www.arcibel.es
editorial@arcibel.es
Imprime: ReadOnTimes

ISBN: 978-84-15335-69-6
Depósito Legal: SE-710-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”©, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo.

Adriana Assini

Sueños DiVinos

**Estudio, traducción y edición
Maria Reyes Ferrer**

ArCiBel Editores

Índice

El elemento onírico y la historia en Sueños DiVinos.....	7
Sueños DiVinos.....	13
Entrevista con la escritora.....	53

El elemento onírico y la historia en Sueños DiVinos

Sueños diVinos es un relato ambientado en el siglo XIV, una época histórica marcada por la terrible pandemia de peste que recorrió Europa y parte de Oriente, diezmando a la población a su paso. En un lugar incierto, Adriana Assini sitúa la historia de cuatro personajes, un monje, un marinero, un caballero y un mercante, unidos por el instinto de supervivencia y su pasión por el vino.

Suspendidos en unas coordenadas espacio-temporales imprecisas, los cuatro viajeros emprenden la búsqueda de un castillo en el que residen un Príncipe y su hija, ambos conocedores y productores del noble jugo de la uva. Juntos, compartirán su culto al vino, los secretos de la producción y se agasjarán con catas de excelentes cosechas, con el fin de experimentar el placer físico y emocional que aporta el fruto de la vendimia. El vino aparece como el personaje principal de la novela, sirve para completar y comprender las experiencias vitales de los viajeros, y es el vínculo que une en armonía a estos desconocidos. El precioso líquido es el resultado de un complejo proceso de producción que ha sido apreciado desde tiempos inmemoriales “quinta esencia destilada de la cepa, un misterio en sí mismo que ha sido objeto de creencias, ritos y tradiciones” (Salinero Cascante, 2007: 214) que ha sido usado para ceremonias religiosas y paganas.

La bebida, la comida y los ritos para ingerir los alimentos, como sentarse a la mesa, la disposición de los platos o la elección de las copas, contribuyen al conocimiento del individuo y también de una colectividad, ya que en torno a la mesa generalmente se sientan varios comensales. Es una ocasión para descubrir una historia personal y una historia colectiva, que pueden ser familiares o bien ajenas a un círculo íntimo, con matices culturales, nacionales o étnicos, entre otros. No sólo se descubren nuevas identidades al entablar una comunicación verbal con el resto de los comensales, sino que el convite es en sí mismo un lenguaje no verbal, adquiere las características propias del signo y sugiere formas paralelas para interpretar la realidad, como afirma Dora Marchese (2014).

La escritora juega con elementos reales y oníricos para la creación de la historia, que gira alrededor de la viticultura. Por un lado, la novela reconstruye aspectos de la microhistoria, detallando las costumbres de la época, -los trajes, los banquetes, los utensilios para la producción del vino-, y la vida de personajes corrientes que, a través de sus conversaciones, desvelan la cotidianidad desde la visión excéntrica de la historia. Similar al *Decameron* o los *Cuentos de Canterbury*, cada uno de los personajes contará un episodio de su vida que está, a su vez, vinculado al origen del vino con el que pretenden obsequiar la generosidad del Príncipe, dispuesto a darles cobijo si el producto está a la altura de sus expectativas. Desde la perspectiva subjetiva de los personajes, se reconstruye un tejido social e individual que, generalmente, ha sido

descuidado por los testimonios que se recogen a nivel macrohistórico.

Assini trata de describir los eventos que no están archivados en las fuentes oficiales pero que es probable que ocurrieran en un tiempo pasado, manifestando así una interpretación más personal de los hechos, siempre basándose en una minuciosa investigación histórica. El punto central de análisis de todas sus novelas no es tanto el tratamiento de la gran historia sino cómo se refleja la intrahistoria, es decir, de qué manera la escritora demuestra que “lo cotidiano, lo doméstico y la cultura popular son tan historiables como la política, las grandes batallas o la economía” (Biasetti, 2009: 73). Con un lenguaje sugestivo, Assini transporta al lector dentro de “uno scenario credibile, fatto di immagini, suoni, odori e colori” (Guarnieri, 2011: 65), en el que la escritora considera que todo es historiable. Por ello, para tratar de reproducir el tiempo histórico, no solo se remonta a guerras o reyes sino que indaga acerca de las situaciones y objetos de la vida cotidiana y doméstica. Escenas cotidianas como el hecho de recrear una cena y los alimentos servidos en la mesa, como se verá en el convite que organiza el Príncipe para los cuatro huéspedes, nos acercan a una visión alternativa de la historia a través de una cuidadosa selección de términos que, en su conjunto, conforman un cuadro típico de la nobleza. Para darle una mayor verosimilitud, la escritora introduce el detalle de las copas o la música que recrean costumbres medievales y que, generalmente, quedan excluidas de la historia.

Para reconstruir la microhistoria, la escritora presta especial atención a la descripción de los elementos

espaciales y temporales, dos componentes esenciales para conformar el cronotopo histórico:

Los cronotopos históricos, como los artísticos, no proporcionan únicamente un marco espacio-temporal para localizar los eventos y los personajes de la narración, es decir, no son simples cronologías sino que, al darles forma y sentido al tiempo y al espacio, les dan forma y sentido a los eventos mismos y a las acciones humanas y divinas dentro de la historia (Navarrete Linares, 2004: 35).

Sin embargo, el espacio y el tiempo parecen alejarse de cualquier concreción en determinados momentos de la novela, dejando el devenir de los acontecimientos suspendidos en un mundo onírico. En este relato se palpan las huellas de un pensamiento freudiano, deleitando al lector con imágenes cercanas al mundo de los sueños, a un mundo interior policromado donde la leyenda y la fábula conviven con la realidad del pasado, y del presente, codificado a través de su particular mirada hacia la vida y la existencia. Adriana Assini defiende el hecho de poder narrar y dar color a esa visión particular de la historia y de la vida, no solo como una pasión y una exigencia personal sino también como “una oportunidad de vivir muchas vidas y de conocer virtualmente a muchos personajes históricos” (Assini en Amat, 2011: 10).

Como María Jesús Orozco señala, “el contrapunto entre la fantasía y la realidad constituye una constante que se configura de manera especial en la narrativa escrita por mujeres” (1997: 909). Ese contrapunto entre

realidad y fantasía se podría definir como pequeñas licencias que la escritora se toma para introducir hechos insólitos o fantásticos dentro de un contexto realista. La novela, con una base histórica, se transforma a manos de Adriana Assini para recrear una realidad ficcional. La existencia de los elementos fantásticos y oníricos en el relato no rompe la lógica de la narración ya que, como Erik Camayd- Freixas mantiene:

El narrador presentará sin explicaciones ni sorpresas los sucesos sobrenaturales que abundan en estas novelas, como si fueran hechos perfectamente normales; pero el lector los aceptará en la medida que los perciba como posibles dentro de un sistema de creencias primitivas, distorsionado quizás por la magia, la superstición y las exageraciones, pero no obstante capaz de presentar la verdad mediante un lenguaje alterno dotado de coherencia propia (1998: 56-7).

Assini reconoce el uso de la fantasía en sus novelas y, coincidiendo con la propuesta de Camayd-Freixas, el uso de esta siempre tiene coherencia con el resto de la narración: “Non meno tempo e attenzione richiede la parte di fantasia del romanzo, che approfitta liberamente degli spazi vuoti dalle carte ma che deve comunque essere in equilibrio e sintonia con la parte storicamente documentata” (Assini, 2012). La introducción de hechos ilógicos u oníricos, por lo tanto, tiene una doble función en la narración pues, por un lado, esta se puede entender como una reacción frente a una sobrecarga de racionalismo y la idea de la existencia de una reali-

dad unívoca, algo que las novelas históricas femeninas vienen reivindicando desde hace tiempo, y, por otro, la fantasía se utiliza como un elemento subversivo ya que, como Rosemary Jackson (1981) apunta, se pone de manifiesto un alejamiento de los valores dominantes y puede así representar lo silenciado, lo invisible o lo ausente.

En sus novelas, los acontecimientos oníricos o ilógicos suelen aparecer ligados al tema de la muerte, que generalmente se representa como un hecho cargado de fantasía y, además, es un argumento muy recurrente para presentar el terror y el miedo en la literatura fantástica. Mediante el uso de imágenes fantásticas, la muerte se ve como un hecho casi mágico, relacionado con el espacio onírico, tratando de alejar así la crudeza y el dolor que provoca.

Sueños DiVinos es una novela que invita al sueño e incita la imaginación, es una explosión de fantasía y una lección de historia pero, ante todo, es un homenaje a la cultura vinícola. La escritora elige con esmero los adjetivos que describen los colores y los sabores del vino, las formas de la vid o las hojas de la parra, para acercar al lector al lugar donde el tiempo parece haberse detenido y el vino fluye entre las notas musicales y las palabras.

Referencias

Amat, Maribel. 2011. “Adriana Assini escribe para acabar con los estereotipos femeninos”, *Ideal*, p. 10.

Assini, Adriana. 2012. Entrevista a Adriana Assini “Tavolino riservato a Adriana Assini”, *I caffè culturali*,

<http://www.icaffeculturali.com/comunita/tavolino/AdrianaAssini/Adriana%20Assini.htm>.

Biasetti, Giada. 2009. *El poder subversivo de la nueva novela histórica femenina sobre la conquista y la colonización: la centralización de la periferia*. Gainesville: University of Florida.

Camayd-Freixas, Erik. 1998. *Realismo mágico y primitivismo, relecturas de Carpentier, Asturias, Rulfo y García Márquez*. Lanham: University Press of America.

Guarnieri, Patrizia. 2011. “Il mercante che diviene eroe”, *Leggere tutti*, 59, pp. 64-65.

Jackson, Rosemary. 1981. *Fantasy: the literature of subversion*. London and New York: Methuen.

Marchese, Dora. 2014. *Il gusto della letteratura. La dimensione gastronomico-alimentare negli scrittori italiani moderni e contemporanei*. Roma: Carocci.

Navarrete Linares, Federico. 2004. “¿Dónde queda el pasado?”, en Virginia Guedea (coord.), *El historiador frente a la historia: el tiempo en Mesoamérica*. México: Universidad autónoma de México.

Salinero Cascante, María Jesús. 2007. “El imaginario del vino en la literatura medieval: La dualidad vida-muerte”, *Cuadernos de investigación filológica*, 33, pp. 213-242.

SUEÑOS DIVINOS

La peste había llegado desde el mar, con los barcos de Oriente. Una vez devoradas las costas, se había adentrado en las aldeas y en las ciudades, despoblándolas. La esperanza de tregua iba disminuyendo entre los supervivientes cuando, como el maná caído del cielo, empezó a correr la voz de que el terrible contagio se había milagrosamente detenido en las proximidades de las vastas posesiones de un príncipe sin nombre.

Del noble señor se decía que había perdido el cetro y la corona pero, sobre todo, se alimentaban antiguas leyendas a su costa, oscuras fantasías, cosas extrañas, entre las cuales aquella que, a consecuencia de algunas malas cosechas, su humor se había hecho alterable como los cielos de marzo, transformándolo en un misántropo.

En un abrir y cerrar de ojos, las habladurías acerca de la enfermedad y su inmediata transformación en algo inocuo tras atravesar los bastiones de su castillo se extendió por todos los lugares, fomentando en los más valientes el propósito de ir a pedir asilo hasta que el contagio no se hubiera erradicado. Pero, a parte del hecho que nadie parecía saber con certeza si su rica morada se encontraba en el norte o en el sur del mundo, continuaba la incógnita sobre su hospitalidad. La fama de hombre huracán y solitario aumentaba, en realidad, el

riesgo de ser rechazado tras las miles de inconveniencias de un larguísimo viaje.

Fue una noche de mitad de verano que la suerte modificó repentinamente las apariencias y todo pareció cambiar. Como del día a la noche. Sucedió cuando un joven heraldo, vestido con trajes elegantes y con una mirada esquiva, entró como una ráfaga de viento en una de las pocas tabernas que todavía quedaban abiertas en el poblado. A los desconcertados parroquianos que veían en él un nuevo arcángel portador de buenas nuevas, el mensajero leyó una breve misiva de parte de su ilustre señor, que confesó ser aquel caballero del que se estaba hablando desde hacía semanas.

Él, el príncipe solitario del rostro desconocido por todos, escribía estar dispuesto a abrir las puertas de su magnífico castillo, que se asomaba sobre lozanas viñas, a aquellos que, para honorarlo, le hubieran obsequiado con una tinaja de vino. Puntualizaba, además, que no tenía que tratarse de un vino de calidad ordinaria, porque aquél no habría podido nunca ser alojado en sus sótanos, sino de algo especial, que lo sorprendiera con un sabor nuevo para su paladar. Y que estuviera a la altura, por aroma, densidad, color y proveniencia, de evocarle el encanto de tierras lejanas y cortes desconocidas.

Cuando el heraldo cumplió su misión y abandonó apresuradamente la taberna, cuatro de los hombres presentes, todos desconocidos entre ellos, afrontaron de inmediato el problema, tratando de evaluar los pros y los contras de aquella oferta bastante singular.

Al final de la reunión en la que se mostraron primero dudosos, luego entusiastas, decidieron experimentar la aventura, recogiendo el desafío del anónimo hombre poderoso, consolados por el hecho de que cada uno de ellos estaba en posesión del salvoconducto requerido: un vino en una cantidad modesta pero de una calidad excelente.

Sin detenerse, se dirigieron inmediatamente hacia la meta minuciosamente indicada por el mensajero, prometiéndose los unos a los otros de permanecer siempre unidos durante todo el recorrido de aquella imprevisible experiencia. Durante el trayecto, no perdieron tiempo ni palabras en contarse las propias historias. Grandísima era en cambio su curiosidad hacia el hombre que iban a visitar, ya que ahora, por boca del mensajero, sabían otras cosas acerca de él: personaje fuera de lo común, el Príncipe vivía en una completa soledad desde que, por brujería o por desgracia, sus viñas habían comenzado a secarse, impidiéndole celebrar suntuosas fiestas con las que, en el pasado, había alegrado su reino.

«¡Que Dios nos acompañe!» exclamó uno de los viandantes, esperando que no le robaran su preciosa carga, considerando que el camino que tenían que emprender era bastante largo y, sobre todo, estaba infestado de ciénagas y canallas.

«Tenemos ojos para vigilar y manos para defendernos» aseguró inmediatamente otro, que con una doble vuelta de cuerda había atado en el lateral de su corcel un ánfora sellada meticulosamente.

El tercer viajero, el más taciturno de la compañía, exhortó a los otros dos que no desperdiciaran aliento y apresurasen el paso, siendo una necesidad común llegar pronto a la meta. O al menos, llegar antes de que la oscuridad pudiera impedirles ver a un palmo de su nariz, convirtiéndose así en fáciles manjares para las innumerables fieras que por la noche abandonaban los montes en busca de presas.

«¿Pasaremos el examen?» dijo el cuarto, dudoso repentinamente sobre el valor que el príncipe le habría otorgado a sus obsequios.

«En el peor de los casos, nosotros nos volveremos y él se quedará con las manos vacías» le contestó el más anciano con una cierta altivez. Por el modo en el que estrechaba un pequeño barril de roble, era evidente que ponía toda su confianza en su contenido.

«Hablando con franqueza, nunca hubiera pensado que un día mi suerte dependería de un jarro de vino», dijo otro, con mal humor.

«La mía, por el contrario, siempre ha dependido» confesó el dueño del ánfora, que por amor al jugo de Baco había perdido gran parte de sus posesiones y que ahora, muy a su pesar, se disponía a privarse de una valiosa reserva que había mandado traer desde lejos poco antes de la llegada de la peste, en vista de un memorable banquete que más tarde se había visto obligado a posponer.

Comieron polvo y devoraron el mijo. Casi anoche-cía cuando, no muy lejos, apareció la oscura silueta de un castillo.

«¡Ya estamos!» dijeron casi todos a coro. Y poco a poco, cuando se acercaron, se dieron cuenta de que desde las numerosas torres de la fortaleza chirriaban unos extraños estandartes, con racimos rojos en campo blanco.

«¡Esperemos que el Príncipe quiera darnos cobijo esta noche, aun en el nefasto caso de que nuestros obsequios lo dejaran indiferente!» exclamó el más joven, ansioso de ponerse a resguardo bajo una bóveda de piedra, protegido de los lobos y de los brigantes.

Llegados al castillo, los cuatro se pararon a los pies de las imponentes fortalezas, advirtiendo, a la vez, un extraño malestar junto a un comprensible alivio: uno, por la incógnita de lo que se escondía detrás de la muralla; otro, por haber llegado sin esfuerzo y todos enteros.

Para manifestar sus intentos de paz y no ser confundidos con aventureros de paso en busca de problemas, agitaron un pañuelo de color claro para llamar la atención de la guardia. A la espera de una respuesta, sus miradas atónitas fueron atraída por las ramas de sarmiento que estaban esculpidas de manera admirable sobre la fachada principal que, a alguno de ellos, le recordaba a la descripción, contenida en ciertos textos antiguos, del escudo forjado por Éfeso para el valiente Aquiles.

«Buena señal» murmuró uno de los cuatro. Él, que era un gran conocedor del beber, amante de la uva y todavía más del vino, en aquel lugar perdido que olía a mosto se sentía seguro.

Tras el aluvión de preguntas de los centinelas, aguardados entre los torreones, los viandantes respondieron

afirmando que, al igual que los Reyes Magos, traían presentes.

En el tiempo de un avemaría el puente levadizo se bajó haciendo un ruido chirriante hasta sus pies. Entraron, no sin miedo, y una vez dentro del amplio patio mal iluminado fueron custodiados por un pelotón de servidores, vestidos con sus uniformes de color llamativo y sus modos joviales, que los acompañaron a través de una interminable sucesión de pasillos estrechísimos, regularmente interrumpidos por una infinidad de pequeñas habitaciones decoradas con guirnaldas de flores y hojas de vid.

Los huéspedes se limitaban a ojear por todos los rincones, tratando de comprender mejor donde habían terminado, pero las luces eran tenues y los ambientes desiertos. Hasta que, con el alma en vilo, no llegaron al estupefaciente salón de fiestas, bajo bóvedas adornadas con frescos con motivos de Baco, donde el misterioso anfitrión los esperaba impaciente.

«¡Quienes quiera que seáis, extranjeros, en esta corte sois bienvenidos!», pronunció el anfitrión, invitándolos a sentarse en su mesa. «¡Tiempo de peste, pero no de carestía!», añadió orgulloso, indicando los numerosos platos, donde abundaban los asados y los aromáticos estofados.

Con aires señoriales esperó a que los visitantes tomaran asiento, luego hizo una señal a los músicos, apartados, para que alegraran la cena con unas notas.

«Fuera de aquí, hasta el pan escasea en las artesas...» continuó alisándose la barba descuidada «en mi

despensa, en cambio, abunda sea lo superfluo que lo esencial. Puede ser que entre los bastiones de mi castillo esté creciendo la ortiga, pero os aseguro que ni una sola hierba acecha mis viñas.»

Hizo entrar a una joven esbelta y muy pálida, con los ojos relucientes y la boca de color cereza. «Mi hija nos hará compañía» dijo visiblemente complacido por el estupor que se leía en las miradas de sus huéspedes, puesto que ninguno de ellos se esperaba una presencia femenina. Solo cuando la dama, vestida de organdí y con una flor azul entre los cabellos, tomó asiento en la mesa, el caballero pidió a los coperos que sirvieran el vino. «Hasta que pueda saciarme con el néctar de la uva, no serán ni las desgracias ni las infecciones lo que me preocupe» dijo para explicar la falta de escrúpulos con la que los había acogido entre sus muros, en un período en el que no había un alma viva que no viniera de alguna ciudad asediada por la epidemia.

Dicho esto, prosiguió con un largo suspiro, que presagiaba desagradables sorpresas: «Y sin embargo, llegando al punto álgido de la cuestión, debo confesaros que mis barriles se secan y que desde que los puertos están cerrados no me llega ninguno nuevo. Como si no fuera suficiente, desde hace años San Bernabé ha parado de proteger mis viñedos y, a causa de las lluvias y los granizos las cosechas son año tras año más escasas. Una cosa muy grave puesto que el fruto de mis viñas y la caza del halcón son los únicos eventos capaces de alegrarme todavía mis días.»

Suspiró de nuevo, esta vez mientras manipulaba como una joya singular una modesta jarra de estaño:

«Y luego nada, para mí, nada podrá nunca igualar al escalofrío de placer que me invade desde la cabeza hasta los pies cada vez que tengo la fortuna de saborear un vino que me es desconocido, producido en otros lugares. Quizás en tierras donde las palabras suenan de otro modo al que mis oídos están habituados y que, por lo tanto, lleva consigo y dentro de sí, además del gusto, también un poco de su historia.»

Con desconcierto, los huéspedes esperaban a que el señor de la casa, ciertamente más bizarro de lo que hubieran imaginado, los autorizara a beber, aunque fuera solo con un gesto de la mano.

«¡No tengáis prisa, señores míos, por llevar a los labios lo que tenéis en las copas! Primero, tenéis que permitirme que os hable. Os aseguro que después lo apreciaréis mejor» dijo el Príncipe adivinando los pensamientos de aquellos señores. «Observad el color: ¿no os parece negro como la noche? Y además, mirándolo a contraluz, os daréis cuenta de que es de un color rojo oscuro. Viene de la uva Grissa: oscuros granos alargados de piel fina que tienen la ventaja de ser citados por un célebre magistrado de tierras lejanas, en uno de sus tratados sobre el arte vinícola.»

«Si al paladar debiese resultar tan noble como lo es al olfato y a la vista, diría que se trata de uno de aquellos grandes vinos capaces de alegrar sin aturdir, poner eufórico sin privar de sensatez» dijo uno de los huéspedes, ocultando su preocupación acerca de la mercancía que tenía guardada y la posibilidad de que no pudiese, en realidad, ser digno de competir.

«Sois un hombre prudente: sabéis alabar sin excederos. Esto os llevará lejos» intervino la hija del Príncipe. Su voz era música, su mirada era nieve: parecía una ninfa recién salida de un estanque, en una mañana de primavera.

«Sé interpretar el deseo de todos diciéndoos que estamos ansiosos por conocer su nombre, mi señora» le exhortó de repente el último que había hablado, superando un evidente pudor.

«Los nombres son como el tiempo, no cuentan» respondió la joven con gesto aristocrático. «Es necesario dejar que corran lejos de nosotros, como el agua bajo los puentes.»

«Sé que no lo creeréis, pero el nombre es el verdadero guardián de nuestra alma. Desvelarlo a los desconocidos puede ser un presagio de nuestra pérdida» intervino el señor del castillo para justificar la reticencia de su hija. A ella, de naturaleza esquiva e inteligencia viva, le dirigió una amable invitación a la indulgencia: «Sé que sois celosa de vuestro nombre, como lo sois de vuestra sombra, pero por esta noche solo permitid a nuestros huéspedes de daros uno, según su talento y gusto.»

«Con tal de que al alba desaparezca junto con las primeras luces del día» consintió la interesada, mientras los cuatro daban ya inicio al nuevo juego, consultándose en voz baja entre ellos.

«Os llamaremos Blanca. Como el color de vuestra piel y de vuestro traje» anunció el hombre que, a juzgar por la armadura que llevaba, parecía un valiente caballero.

Festearon con un trozo de asado dorado por el azafrán, después el señor quiso que se cambiara de vino, para dar a los comensales una prueba de sus producciones.

«Fueron mis antepasados, hace más de tres siglos, quienes plantaron en esta región la primera viña, transformando aquellas que primero eran dunas estériles como la muerte en colinas fértiles y risueñas como los senos de las ninfas» contó con manifiesto orgullo por el mérito de su familia.

«Durante innumerables estaciones, sus sarmientos crecieron fuertes y sanos dando hermosos racimos con granos gordos como nueces, con una pulpa tan jugosa y dulce que provocaba la envidia del néctar bebido en los tiempos de los dioses del Olimpo. Llegados a este punto, os estaréis preguntando el porqué de tanto interés por mi parte en la cuestión. Y bien, la respuesta que buscáis está encerrada dentro de una simple pregunta: ¿qué sería nuestra vida sin el vino? El interrogante se remonta a una era muy remota, considerando el hecho de que lo encontramos especificado por primera vez en las páginas del Antiguo Testamento. Pero seguro que no tengo que recordaros que, si os habéis dirigido hasta aquí, debéis por fuerza ser gente erudita y de un linaje próximo al mío».

Los forasteros trataron de eludir el inmerecido cumplido del que habían sido objeto, pero se mostraron plenamente de acuerdo sobre la afirmación previa, sorprendidos por una conversación de tonos livianos con un hombre que, erróneamente, habían juzgado con cierta suspicacia.

«Si el hablar no os aburre, ¿podrías iluminarnos con las pinturas que parecen voltear sobre nuestras cabezas?» dijo uno de ellos, admirado por aquellas historias llenas de ritmo y de color que se desarrollaban alegremente a lo largo de las paredes para poder después llegar al techo sorprendiendo con un gran final, dejando a todos con los ojos dirigidos hacia lo alto, en busca de detalles.

«No tengo yo el mérito de haber comisionado estos frescos, sino mi pequeña Blanca» respondió el Príncipe casi excusándose. «Fue ella la que un día me expresó el deseo de hacer un homenaje perdurable al dios de la vid, inmortalizando sobre las paredes algunos episodios del antiguo mito, para que cualquier persona, después de nosotros, pudiera conservar la memoria, perpetuando la fiesta y sus ritos». Señaló la primera escena que sucedía a su izquierda y narró las desaventuras sucedidas al hijo que Zeus tuvo con Sêmele: confundido con un príncipe, fue raptado por un capitán sin escrúpulos, con la intención de pedir un rescate a su pueblo. «Pero de repente, con gran sorpresa por parte de la tripulación, el barco comenzó a rezumar vino, muy dulce para beber y de un aroma tan intenso que lograba penetrar en el corazón, además de la nariz.»

«Diviso una vid en lo alto de la vela» intervino el huésped de la lúcida armadura.

«Vuestra vista no es defectuosa» retomó el señor de la casa. «Ocurrió, de hecho, que muy pronto el ávido capitán se dio cuenta de la naturaleza divina del evento y para eludir las duras consecuencias de su gesta trató

de huir tirándose al mar. Una decisión que se reveló inútil, ya que fue capturado y llevado en presencia del joven dios, quien lo castigó como correspondía a un malhechor.»

«¿Luego qué sucedió?» preguntó otro del grupo apuntando con el índice la última escena de la pintura, en el centro exacto de la bóveda.

«Acto seguido, el barco alcanzó Icaria» concluyó el Príncipe solitario, indicando un pueblo de Ática, donde Dionisio difundió el culto de la vid.

«Una historia emocionante, ciertamente destinada, no de manera casual, a una sala donde la fiesta es soberna» observó quien había hecho la pregunta, expresando sin reservas la sincera satisfacción por haber sido admitido en una corte como aquella, donde gobernaba el placer y la armonía.

«No obstante, ¡ahora es tiempo de probar con deleite y provecho el pequeño misterio encerrado en cada sorbo de mi néctar!» exclamó el anfitrión.

«Espero que realmente no queráis decepcionar a mi padre con adjetivos monótonos o exagerados, con el único objetivo de complacerlo» dijo Blanca llevándose el cáliz a los labios. «Decidle, más bien, que su criatura debe considerarse un himno a la sabiduría o al vicio, el halago de un hombre extravagante o en cambio el ejemplo de una obra perfecta.»

Preparados a continuar el juego, los huéspedes bebieron lentamente. Un par de ellos entrecerraron los ojos, otros hicieron ligeros gorgoteos con la garganta. Parecían concentrados en apreciar cada pequeño matiz

de la bebida divina pero en realidad, al mismo tiempo, trataban de controlar el temor de que el Príncipe solitario quisiera ponerlos a prueba, para más tarde no aprobar sus valoraciones en el caso de que se hubieran alejado mucho de aquellas que probablemente se esperaba de cada uno de ellos.

De pronto, pareció vacilar cada certeza sobre la experiencia acumulada por ellos en aquel campo, en el transcurso del tiempo. Pusieron en duda la objetividad de sus propios paladares, además de la eficacia de su lenguaje, quizá inadecuado para poder satisfacer las exigencias de un señor que parecía astuto y culto. Así, de repente, hubo un contratiempo, debido al hecho de que los cuatro visitantes no podían decir con certeza si lo que estaban probando era el fruto de una cosecha afortunada o en cambio de una mediocre.

«¿Habéis perdido quizás el habla?» los interrogó el Príncipe solitario, solicitando el veredicto requerido.

« Si se me es concedido expresar un parecer primero, diré que este vino es bueno, pero que en mi vida he bebido mejores» declaró el rico mercante de especias. Bajo la sospecha de que el señor del castillo les estuviera poniendo a prueba para comprender si se encontraba delante de verdaderos expertos del jugo de Baco o, por el contrario, frente a un puñado de fanfarrones ansiosos de ponerse a salvo de la peste, el hombre escogió la vía del compromiso, convencido de que para escapar de una posible encerrona era mejor no exponerse mucho.

«Me gustaría decir la mía» intervino el hombre que, al presentarse, lo había hecho como un valiente caballe-

ro de otros reinos. «Sin embargo, mi ciencia me sugiere que si no se quiere caer en el engaño, es mejor no evaluar nunca un vino demasiado pronto. Me limito, por lo tanto, a mantener la paciencia y antes de comprometerme con un juicio, prefiero verificar qué efecto producirá este vino en nuestros espíritus y en nuestros vientres.»

Los otros comensales lo miraron sorprendidos, pero más tarde pensaron que tanta intrepidez fuera en el fondo del todo normal en uno que había acometido el oficio de las armas y que estaba habituado a discusiones en tonos arrogantes, aun cuando el desafiante era de un rango más alto.

Como primera respuesta, el tercer visitante, un monje de aspecto descuidado, hizo acto de lamerse un bigote que todavía no tenía. Por lo tanto, sin algún pudor, expresó un exagerado reconocimiento por la sensación de bienestar que había obtenido de aquel jugo tan rojo y tan rico.

Ninguno se sorprendió por tanto fervor, todos unidos por el mismo pensamiento de que fuera propia de los clérigos la costumbre de mentir, aun cuando no había motivo para ello.

«Tiene aroma, sí, pero no de canela» afirmó el cuarto hombre, un capitán de un navío que tenía un aire de pirata y la piel abrasada por la sal y oscurecida por el sol. «Inclinándome sin embargo por el tomillo, en cuanto al color, no es por contradecir, pero no lo veo para nada brillar.»

Fugitivo de la peste, el marinero no había tenido nunca pelos en la lengua. Por otro lado, ¿qué significa-

ba para uno como él un posible desencuentro con el anfitrión en comparación con los duros enfrentamientos con las salvajes olas del mar?

«Habéis ya dicho la vuestra pero es todavía muy pronto para que os diga la mía. Sabed que, de todas formas, no os he servido mi mejor vino» dijo el Príncipe, confirmando su fama de ciudad amurallada a la que se accedía repentinamente, por capricho suyo y durante un tiempo limitado.

«En verdad, todo eso os honra» replicó el caballero, que teniendo familiaridad con los usos en boga en las moradas de un cierto rango, sabía que era costumbre en un buen anfitrión ofrecer lo mejor de sus propias bodegas al final del banquete, justo como sucedió un tiempo en las bodas de Caná. « Son muchos, ¡por desgracia!, aquellos que, por el contrario, se aprovechan de la embriaguez de sus comensales, faltan a los deberes de la hospitalidad, finalizando el convite con las sobras de sus tinajas.»

La dama llamada Blanca lo interrumpió con orgullo: «No existen inviernos sin truenos o primaveras sin flores, así como no existen barriles sin engaños. Excepto en nuestras bodegas». Soltó sus largos cabellos recogidos en una trenza y cerró los ojos para oler el néctar restante de su copa. «Que os hayáis dado cuenta o no, mis señores, vosotros estáis ahora en el corazón caliente del reino de la vid y aunque tuvierais que vivir mil años, nunca volveréis a vivir una experiencia similar. Por ello, sed generosos como lo somos nosotros con vosotros y sorprendednos con vuestras historias.»

En ese momento, fue el monje quien hizo oír su voz: «Sé de imperios lejanos en el tiempo que cuidaban la vid como ninguna otra cosa» dijo hurgando en su memoria, él que había pasado mitad de su existencia en la biblioteca de un importante monasterio. «Ya en la Roma de los Césares las variedades de vino eran más de cien: para cada gusto, bolsillo y deseo. No había banquetes en todo el mundo antiguo donde se hiciera una fiesta en ausencia del jugo querido por Baco. Si la memoria no me engaña, el mismo Carlo Magno, cada vez que financiaba la construcción de una iglesia, recomendaba a los clérigos de rodearla de viñas.»

Los convidados asintieron, dando por descontado que un monje supiera más de vino que de rosarios, visto que las producciones más valiosas venían de los conventos y que los mejores productos de la viña se encontraban justo en sus bodegas.

En la segunda ronda, los sirvientes cambiaron las copas, sirviendo el nuevo vino en tazas de finísima cerámica, como era habitual en aquella morada fuera del tiempo, alejada de los ruidos del mundo, extraña a los ritos en uso entre aquellos que habitaban en las ciudades y en las aldeas.

«Dice la historia que el primer rey de Roma, invitado a un gran banquete, dio ejemplo de moderación contentándose con beber una sola copa» afirmó el anfitrión retomando el poder de la palabra. «Comportamiento virtuoso, cierto, pero que reservaremos para otras ocasiones, dejando que hoy se haga valer la abundancia, que siempre comporta regocijo.»

Sin añadir nada más, se quedó mirando a los huéspedes mientras probaban con calma y creciente deleite la sangre de la vid, para después saber si y cuánto les había agradado.

«¡Esto sí que es rojo vivo! Y sin embargo no os lo toméis a mal, mi generosísimo señor, si os hago notar con franqueza que todavía no se acerca al noble rubí» dijo el marinero, elogiando en cambio un mayor cuerpo respecto al primero que se les sirvió.

«Vuestros vinos son como ciertas músicas, que inician con las notas bajas pero que más adelante toman fuerza y van poco a poco hacia lo alto, induciéndonos a emociones fuertes y envolviéndonos en una embriaguez que, en mi caso, si retrocedo en el tiempo, ¡no conozco igual!» exclamó el mercante de especias, complaciéndose por tener la fortuna de haber sido admitido en un convite similar.

Terminó de decirlo y los músicos respondieron al énfasis de sus palabras con notas no menos entusiasmadas.

Cuando las vihuelas, las flautas y las arpas callaron para permitir a los comensales retomar la conversación sin tener que elevar el tono de voz, el señor de aquel pequeño reino en los confines de quién sabe qué mundo aprovechó para agradecer al hombre del comercio con una indescifrable sonrisa y un puñado de frases desconcertantes: «Eso que decís me alienta y poco importa si, para honorarme, os habéis confiado a la verdad o a la mentira. En esta casa cuenta la forma, un poco menos la sustancia.»

El almirante, para no equivocarse, prefirió unirse al juicio del fraile, y más tarde, los cuatro se limpiaron los labios predisponiéndose a degustar el tercer vaso.

«¡Traed los cristales!» ordenó el Príncipe a sus siervos. «¡Ha llegado el tiempo de los triunfos, mis señores!».

Esta vez, de las vasijas de vino salió un tinto de tonos aterciopelados. Vertido en pequeñas dosis en copas ligeras y transparentes, emanaba un aroma vivaz, tentando más que nunca a los comensales, que por último se esperaban un milagro.

En ese momento, el anfitrión pidió un brindis en honor a Dionisio, recordando los principios a los que tenía más aprecio: «No más de tres pequeñas cráteras, recomendaba nuestro dios. Como sabréis, el primero es para la salud de quien bebe. El segundo despierta el amor y el placer. El tercero invita al sueño y al ensueño.»

«Habláis con la sabiduría de un profeta y la elegancia de un filósofo. Esto me induce a expresarme con mayor atención de cuanto no haría en otras circunstancias, en presencia de los más modestos personajes» exhortó el mercante. Elevado el cáliz, saboreado el néctar, comenzó a hablar de sí mismo, de sus aventuras por las calles del mundo, de su amor por todo aquello que era nuevo y que podía sorprenderlo. «Tenía dos veces siete años cuando superé los confines de Occidente y penetré en tierras misteriosas, en busca de aquellas especias raras que son todavía el alma de mis comercios» narró con voz serena, mientras trataba de individuar las drogas con las cuales las manos sabias y un admirable sentido

de las dosis supieron conferir el delicioso perfume al vino apenas degustado. «Allí abajo he admirado paisajes increíbles y he descubierto cosas que no había visto jamás en otros lugares. He encontrado gente capaz de enseñarme artes que aquí no se conocen todavía y modos de pensar de los que ignoraba la existencia. Confieso que a veces he tenido que luchar contra la tentación de no querer regresar jamás.»

Extrajo algunas ramas de canela clara de su saco de tela y las ordenó sobre la mesa, con el mismo cuidado con el que un monje de aquellos mundos cuidaba las piedras colocadas en los jardines alrededor de su templo.

«Esta corteza secada al sol es más preciosa que una joya y estoy seguro de que dará una nueva fragancia a vuestros vinos. En la isla de los leones, donde la he encontrado, se levantan otros altares, viven otros dioses y extraños sacerdotes que riegan con el balde ciertas vides que ellos consideran sagradas.»

En aquellas evocaciones de tierras lejanas, Blanca pareció abandonar su torpor y con su voz débil preguntó quién gobernaba aquellos reinos.

«Dinastías antiquísimas cuyas cortes son fortificaciones de seda bermeja.»

«Decidnos más sobre sus viñas: ¿son realmente sagradas?».

«De verdad»

«¿Cómo el pino de Barenton?».

«Y el roble de Dódona.»

«¿Hay algo en particular que habéis aprendido de aquellos religiosos y que ahora querríais confiarnos?».

«Nada que pueda ser dicho, mi dulce señora. En realidad, no sabría explicaros con las palabras aquello que he aprendido con el corazón».

«Pues bien, obsequiadme al menos con un pensamiento que yo pueda cultivar de aquí en adelante, cuando estas salas vuelvan a estar vacías y mi padre se encierre de nuevo en el silencio.»

«No hay nada mejor que satisfaceros... Un día de hace algunas estaciones, uno de aquellos ministros de un culto extraño para mí me vio perdido delante de un gran obstáculo que me impedía de continuar por mi camino. Con un tono sereno y gestos elocuentes, me sugirió que aceptará de buena gana el impedimento, con la certeza de que se tratase de una señal y que tuviese un sentido. Añadió que si hubiera tenido bastante sabiduría como para dirigirme hacia lo posible, habría terminado por encontrar un nuevo sendero para alcanzar aquella u otra meta.»

«Dirigirse hacia lo posible...» repitió, confundido, el señor del castillo. Un momento más tarde llamó al escribano para que apuntara el lema en su libro de pensamientos. Agradecido a su interlocutor, le dijo que habría reflexionado en soledad sobre aquella invitación tan medida y tan sabia: «Confieso, con desdoro, que durante mucho tiempo y con mi inevitable desventaja he vivido propenso hacia su contrario, empujando a Blanca a seguir mi deleznable ejemplo». Tras un suspiro de melancolía, siguió con otra pregunta: «Decidme,

mercante, ¿tenía quizás algo que ver la vid en su admirable comportamiento?».

«Lo acabáis de decir» respondió en seguida el otro. Es a través del meticuloso cuidado de tal planta que ha afinado el ánimo reforzándolo.»

«Contadme más sobre estos arbustos que crecen lejos.»

«Vuestra curiosidad no es ociosa, mi señor, si pensáis que sus hojas son largas y bien delineadas y los racimos abundantes, con los granos amarillentos como las plumas de ciertos pájaros...».

«¿Y su sabor? ¿A qué se asemeja?».

«Al agua de fuente mezclada con la miel. »

«¿Lo llaman vino?»

«Lo llaman ojo de dragón. Y es justo como el nuestro, su uso, si es moderado, induce a la sabiduría. Si es excesivo conduce, en cambio, a la locura. »

«¿Se guarda en grandes barriles? ¿Y de qué madera?»

«Grande es su valor, pero pequeño el recipiente que lo contiene» explicó el mercante, mostrándole al mismo tiempo el ánfora de terracota que tenía custodiada en un lateral. Un momento después se la tendió con gestos, modos y halagos que había aprendido en aquellas tierras en el curso de las ceremonias que realizaban la vida de los hombres que allí habitaban.

Con curiosidad morbosa, el Príncipe mandó quitar el precinto del ánfora y probó inmediatamente su contenido, con el mismo anhelo que un sediento que tras días

en el desierto, de repente se encontraba en las proximidades de un manantial.

«Admito que estoy sorprendido» dijo, permaneciendo incierto acerca de su juicio. «El vino que me ofrecéis se escapa de toda definición, como una anguila de las manos de su pescador. El gusto es impalpable, de primeras parece nada, casi agua que corre, pero luego, en su final, te deja en la garganta un sabor igual a ningún otro... ¿Su color? Me cautiva. Pero no conozco un nombre capaz de indicarlo.»

«¿Esto significa que quizás estéis desilusionado?».

«¡Al contrario, esto quiere decir que, juntos, encontraremos los adjetivos que faltan! Pero, sin prisa, posiblemente cuando, en una de las próximas veladas que pasaremos juntos, volváis a deleitarme con el relato de vuestros exóticos viajes.»

«Deduzco que me estáis dando el permiso de permanecer en vuestra casa, al menos hasta que la peste no quede saciada de vidas humanas.»

«¿Dudáis? Si os expulsara, habría vivido en vano» replicó el anfitrión con celo, mientras dirigía su atención al caballero. «Y vos, que sois dueño y señor del arte de la espada y que por vuestros favores os encontráis siempre en la mesa con soberanos de indudable fama, decidme, ¡ahora!, ¿que tenéis que proponer al paladar de este príncipe caprichoso?».

«Algo que os dejará sin aliento, os lo prometo.»

«Estoy impaciente, como un amante en su primer encuentro. Y sin embargo, antes de que quitéis el tapón a vuestra botella, deseo que me habléis un poco de vos,

así pues, sabiendo de qué manos y de qué corazón viene vuestro obsequio, este puede llegarme de manera más grata.»

«He dejado tierras soleadas, donde la naturaleza es reina e inigualable el amor que sus habitantes reservan para la buena mesa» contó el condotiero, con su brillante saber hacer y su aire de experto. «Hasta ahora he empleado la mayor parte de mis días combatiendo, en una alternancia de ásperas batallas y torneos prestigiosos. La espada y el caballo son mis verdaderos amigos, además de mi rey, al que siervo lealmente, pero solo cuando es necesario. Antes de detener mis andaduras, he recorrido ciudades y pueblos, ferias y torneos, y lo que más me agrada de cuando miro hacia atrás es el recuerdo de los alegres banquetes al final de cada contienda. A la generosidad de los señores que poco a poco me han hospedado debo el placer de haber descubierto los consuelos y las delicias que nos reservan los buenos vinos, siempre y cuando se tenga el cuidado de degustarlos sin excesos ni abusos.»

Con gestos más espartanos que el mercante, el hombre de armas consignó al Príncipe el recipiente de madera de roble con el vino de Falerno, evidenciando con cierto énfasis que era tan viejo como un cuarto de siglo: «Según aquella antigua y consolidada tradición que seguro que no escapa a un hombre de su envergadura.»

«No os equivocáis. Sé bien que fue con el fruto de aquellos renombrados viñedos que Galeno cuidó y curó al gran Marco Aurelio» le respondió enseguida el anfitrión, encantado de tener la ocasión de poder desempolvar sus estudios.

Vertió él mismo dos dedos en la jarra de su hija, pero cuando aquella estuvo a punto de llevárselo a los labios, la paró para ponerla en guardia de los peligros: «Os advierto: es tan denso y, por si fuera poco, tan amargo que beberlo puro está concedido solo a los dioses. Por medio de su efecto y según el temple y los humores podría incluso provocar achaques o también embriaguez en nosotros pobres mortales, imaginemos pues en una frágil criatura como vos.»

«¿Qué me sugerís, entonces?» dijo ella ruborizándose.

«Diluirlo en agua tanto como convenga para poderlo aligerar sin mortificar el aroma, para que no quite el sentido sino que favorezca un dulce olvido... Esta pequeña estrategia tiene además la no desdeñable ventaja de hacerlo durar más tiempo.»

Sin dar más lugar a la cuestión, que todo le era ya perfectamente claro, el Príncipe ordenó a los siervos deshacer el equipaje del forastero armado, siendo él también admitido en su corte. Pasó la palabra al tercer huésped, aquel monje de aspecto tan descuidado que parecía un vagabundo o, todavía peor un nómada.

«Vengo de las colinas y voy hacia el mar» dijo aquél, que no era ni joven ni viejo, ni bello ni horrendo. «Cuento con poderme embarcar en el primer barco que zarpe, cualquiera que sea su meta: las arenas del desierto o los hielos de Barents para mí son iguales». De debajo del hábito color pardo extrajo un pequeño cántaro, y luego dijo: «Si he dejado el monasterio, es porque, ¡ay de mí!, he incumplido mis deberes, hacia la fe y hacia mis hermanos.»

«Un serio problema para un cura...» fue el comentario irónico de la dama del castillo.

«Merezco su sarcasmo, señora mía, al menos cuanto he merecido el castigo de mis superiores, visto que en pocas semanas supe transformar mis palabras en una montaña de mentiras. Y mis actos, en actos de vergüenza. Y todo esto, únicamente para obtener las gracias de una mujer. ¡Y Dios solo sabe lo que me arrepiento!».

«¿No es el amor una enfermedad de los ojos?» dijo ella suspirando. Luego, por halagar, precisó: «Quien lo pregunta es Platón.»

«¿Una enfermedad, decís?» Mucho más, de acuerdo con las consecuencias que me atañen... De todas maneras, seré sincero: no es el juicio de mis iguales al que temo, sin aquél, mucho más severo, del Omnipotente.»

«Venga, ¡conservad el arrepentimiento para las horas en las que estéis recogido en soledad!» intervino el Príncipe, curioso por conocer el resto de la historia. «Ahora, sin embargo, narradnos sin falsos pudores qué sucede realmente entre las castas paredes de vuestro monasterio.»

«Un sacerdote, por el solo hecho de ser tal, no deja de ser humano...»

«¡Inútil premisa, id al grano!».

«Ella tenía brazos que eran cadenas y labios de coral. Cada noche me obsequiaba con su juventud y su alegría...».

«¿Cómo sucedió que una mujer de casa fuera a parar a un lugar destinado a solo hombres?».

«Vivía en los alrededores. Nuestro amor nació de la penumbra del confesionario y duró toda la estación en la que florecen los geranios.»

«¿Qué fue lo que os traicionó?»

«Mientras un fuego interior hacía tabula rasa de cada uno de mis escrúpulos, con tal de complacerla substrahe una botella de la bodega del claustro y la pasé a escondidas a un mercante, a cambio de una hermosa joya...».

«¡Qué imperdonable frivolidad! ¿En serio pensabais escapar? Un bodeguero que se precie conoce exactamente el número de sus barriles» comentó el señor del castillo y con un gesto le invitó a proseguir su relato.

«En efecto. El cofrade del que os hablo no tardó mucho en descubrir el delito y a su estúpido autor. Fiel a las reglas y al deber, me horroricé tanto escuchando mis penas y, no queriendo ser mi propio cómplice, me entregué directamente a las manos del prior. En este momento, y con vuestro permiso, preferiría omitir el relato de lo que sucedió después.»

«No os lo pregunto únicamente porque puedo imaginármelo sin problemas» dijo con un tono irónico el Príncipe solitario y riéndose extrajo las conclusiones del asunto: «Expulsado del convento, nadie os ha dado más audiencia, ni os ha ofrecido un lugar en su establo, ni siquiera vuestra amada que, viéndoos sin una moneda, perdió repentinamente el interés por vuestro hábito... ¿Me equivoco, quizás, si digo que inesperadamente os habéis encontrado solo por las calles del mundo, a merced de algún brigante, de los lobos, de

la peste? De cualquier forma, sois excusado: ¡un fraile no puede saber que las mujeres hacen maravillas con la lujuria de los hombres! Y sin embargo, ¡me duele que incluso hayáis preferido robar en la bodega en lugar de en la biblioteca! ¡Un polvoriento manuscrito os habría acarreado lo mismo que una cuba, pero seguro que no habría provocado el mismo daño y la decepción en vuestros golosos hermanos!». Satisfecho de haber puesto el dedo en la llaga, el anfitrión no se demoró más en inútiles reproches y con un gesto elocuente reclamó su obsequio.

«Antes de que dejase el monasterio, los hermanos encargados de la custodia de la despensa me llenaron el saco con un puñado de nueces y dos rebanadas de pan. En ese momento, y no teniendo nada más que perder, pensé que serviría una mercancía de intercambio para afrontar las peripecias del mundo. Fue entonces cuando sustraje el exquisito vino que os ofrezco ahora, con el corazón en la mano. Se trata del obsequio con el que un rico viajero había agradecido al prior del convento por haberle ofrecido cobijo y una comida caliente durante el terrible temporal del final del invierno.»

«¿Y qué me decís al respecto? ¿Qué lo hacer tan valioso?».

«¿Me creeríais si os dijera que es más fuerte que aquél que utilizó Ulises para embriagar a Polifemo?».

«Os creeré cuando lo haya degustado yo mismo. Pero no me dejéis con la intriga y contadme más, comenzando por el lugar del que proviene.»

Para satisfacer esta última curiosidad, el monje revivió sus recuerdos y contó que el contenido de aquel cilindro de roble de pocos litros era el valioso fruto de una cosecha afortunada.

«¿De qué parte del mundo?».

«Sibari, mi señor.»

«Este es particular, ¡el que me atrae más de todos!» exclamó el Príncipe, siendo consciente de que ya los antiguos habitantes de aquella pequeña ciudad sonriente habían obtenido la fama de ser excelentes productores gracias al vino obtenido de sus viñedos, un vino con cuerpo, capaz de devolver el rigor tras un cansancio repentino o una larga enfermedad, tanto que al final de las competiciones olímpicas se hacía beber a los atletas para que recuperasen sus fuerzas por completo.

«¡Deberíais ver aquellos racimos apetitosos que al final de agosto engordan las vides! Los granos son turgentes, de color ámbar u oscuros, y el secreto de tanta fecunda belleza reside en el difícil arte de la poda de las plantas. Por otro parte, si se cree en la historia, parece que en aquella ciudad besada por el sol existieron conductos de arcilla que desde los campos traían el vino directamente hasta las casas, para indicar que el producto de las vendimias no era un simple vicio sino un verdadero culto.»

En ese momento, los diligentes servidores llevaron a la mesa deliciosas galletas con miel y con mosto, colocadas sobre hojas de parra secas, mientras que el anfitrión degustaba un sorbo del vino decantado por el monje y su mirada se avivaba con una nueva luz.

«Vista, aroma y sabor han sido generosamente agradecidos» comento con evidente buen humor. «En mi vida he probado muchos vinos, diversos en el color y en el sabor, en el origen e incluso en el recipiente que los contenía. Pero admito sin ninguna obligación que este, por el momento, me parece el mejor de todos. Por supuesto, no compiten con este los más renombrados tintos de Provenza, ni aquellos obtenidos de la variedad de uva blanca, del delicado perfume de las frutas en flor que algún amigo mío me ha traído de la tierra de Sicilia. ¿Qué decir? Para hacer un vino excelente no basta el cuidado de un simple campesino, hace falta el ojo atento al médico y el toque delicado del poeta.»

«Bebida noble. No teme a ocasos ni a rivales. Si así no fuera, nunca hubiera osado a proponerlo a vuestro refinadísimo paladar. Brilla con la misma fuerza en los kyxlix de los griegos y en el cáliz de Cristo.»

«No tenéis que convencerme: ¡esta casa es ya la vuestra, fraile de vida desenfrenada!».

Quedándose el último, el marinero se sintió obligado a hacerlo mejor que sus compadres y por este motivo no fue directo al grano, sino que comenzó a narrar una horrible tempestad que había empujado a su navío a hacer escala de manera inmediata en una bahía, alejada mil millas de la verdadera meta. Los vientos habían parado de soplar y las olas se habían hecho de nuevo pequeñas oleadas de espumas ligeras, pero en aquel tiempo había estallado la peste y las autoridades del lugar habían decidido cerrar los puertos impidiendo a las naves zarpar.

«¿Erais quizás el capitán de aquella gran embarcación que el miedo de la gente ha mortificado vilmente, obligándola a estar encallada en pocos palmos de agua?» preguntó el anfitrión, tratando de hallar en sus gestos las señales inconfundibles de quien estaba al mando.

«Sé navegar en las costas del sur con el viento de boлина y logro recorrer doce nudos por hora también con los vientos alisios en contra. A veces consulto mapas, otras, navego a simple vista. Y los fondos marinos me son familiares como el calzado que llevo» respondió el marinero, sin aclarar la cuestión.

Después pasó a sus extraordinarias aventuras: decía que eran más de mil y, si bien ninguno estaba dispuesto a creerle, todos lo invitaron igualmente a contarlas, así que el almirante comenzó a exponer imágenes bizarras y seductoras, ora de gigantescas tortugas confundidas con pequeñas islas, ora de veleros que pasaban a duras penas entre las rocas que en cambio eran las tenazas de un enorme cangrejo. Dijo que en el profundo norte, donde todo era hielo, los montes de helados escondían en realidad asombrosas catedrales de cristal, hallazgos de hadas marinas y espíritus invernales de cientos de voces, como las sibilas.

«Ahora no os será difícil entender por qué entre valles y colinas, bosques y explanadas, ¡yo me siento perdido! Cada uno debería poder seguir su camino, como el fuego que tiende a ir hacia lo alto y el agua que corre hacia abajo... En realidad, vivir me es superfluo. Navegar, sin embargo, ¡me es necesario!».

Una vez más, con un rápido batir de manos, el Príncipe solitario mandó acercarse al escribano y le dictó la frase que más lo había impresionado del melancólico razonar del marinero sin timón.

«El fuego tiende a ir hacia lo alto, el agua corre hacia abajo...». Se detuvo a reflexionar, y terminó con una pregunta a sus huéspedes acerca de la dirección que tomaba el vino.

«Siendo un líquido, está destinado a tomar las mismas vías del agua» replicó de inmediato el mercante, encontrando la respuesta obvia.

Los otros callaron, intuyendo una especie de trampa, ya que era palpable cuanto al Príncipe sin nombre se le escapasen las definiciones comunes y su mente vagase por territorios insólitos, a ellos en parte extraños.

«Yo digo, más bien, que la clave de la pregunta está en otro lugar...» afirmó, con aire de desprecio con el que los dignatarios trataban habitualmente a la plebe. «Va hacia abajo cuando nos emborracha. Va hacia arriba cuando nos inebria.»

Se encendieron nuevos cirios, se llevaron otras pintanzas, sonaron músicas diversas.

«La noche es larga. Y grande es mi voluntad de escuchar» dijo el señor del castillo volviendo a dirigir su atención al hombre del mar. «Imagino que, si bien vos amáis vivir sobre el agua, no desdeñáis una jarra de buen vino.»

«¿Cómo podría? ¡Un sorbo es lo mejor que se puede tener después de haber llegado vivos al final de una tempestad!» replicó el otro. «Consuela del frío y del

miedo pasado. Endulza el corazón y calma la mente. Hace amigos y hace de una comida frugal una fiesta.»

«¿En cada puerto un barril?».

«¡Y siempre del mejor! Que nuestra parada sea larga o breve, se baja igualmente a la tierra para comprar vino común apto para los intestinos de quien rema, para después ir a la búsqueda de algo especial para satisfacer los paladares, más exigentes, del timonel y del almirante.»

«¿Existe un vino que hayáis apreciado más que otros en el trascurso de vuestros numerosos viajes?».

«Para mi suerte y la vuestra es precisamente este que ahora tengo entre mis manos» dijo con una cierta satisfacción el capitán, mientras el anfitrión ya le extendía las suyas para recibir el obsequio. «Nace de una uva dulce como pocas otras, producidas en tierras muy frías en invierno y muy cálidas en verano. Cuando sale de la prensa es ya un elixir de larga vida del color de la paja y el perfume de la ginesta, pero es con el tiempo que su aroma se hace más intenso y penetrante.»

«Contadme pues por qué rareza del destino, aun siendo precioso, haya escapado de las golosas voluntades de quien lo ha poseído.»

«En realidad, justo porque es de valor, lo he conservado yo mismo para una ocasión de una relevancia extraordinaria, cuando un obsequio así de valioso puede hacer de salvoconducto para una corte imperial, o abrirnos las puertas a un noble señor como vos. En nuestro oficio no es un acontecimiento extraño pedir asilo, ya que las rarezas de los vientos y los peligros de las tempestades nos impiden navegar.»

«¿Qué sucedió cuando, a causa de la epidemia, fuisteis obligados a abandonar vuestra embarcación en el puerto?».

«Es obvio: el equipaje se perdió y yo cogí este pequeño barril, consciente de que, de un modo o de otro, iba a ser mi buena estrella. Podéis, por tanto, imaginar mi alivio cuando escuché la noticia que un príncipe de gran fama, lejos de la peste, ofreció hospitalidad y protección de la muerte a todos aquellos que fueran capaces de deleitarlo con un buen jugo de Baco.»

«Deseo que este presente que estáis a punto de depositar no sea poca cosa, como sucede en la fábula de la montaña, que al final dio a luz un ratón» cortó el anfitrión y por fin probó el vino.

Un sorbo, luego un segundo, sin que saliera palabra de su boca en la que se vislumbraba una mueca. Y el hecho de que tardara en comunicar su juicio, hacía preocupar seriamente al marinero, temeroso de que fuera la inequívoca señal de un veredicto negativo.

«¡No me tengáis en vilo, mi señor! Leo la perplejidad en vuestra mirada y me pregunto si lo que os he regalado con el corazón no haya resultado, en cambio, decepcionante para vuestras papilas habituadas a tener siempre lo mejor.»

«¡Nada de eso, capitán! Mi silencio está repleto de reflexiones y si me tomo tiempo para informaros sobre mi opinión es solo porque quiero estar seguro de afirmar lo correcto, sin omitir nada pero sin añadir demasiado a aquello que vuestro vino merece de verdad.»

«Si bien pudiera resultarme un poco empalagoso el sabor, considerad la particularidad de su consumo en la mesa, siendo servido no con los asados u otras pitzanas grasas, sino al final de las comidas, entre una galleta de miel y una de anís.»

«No me honoráis si pensáis realmente que yo no sé reconocer un vino exprimido de uvas dejadas a secar sobre esterillas o sobre cañaverales...».

Tras un instante, con un simple movimiento de cabeza que descartaba cualquier comentario, el dueño del castillo hizo entender que también con este último obsequio el examen había sido superado en provecho de ambas partes.

«Confieso que no me esperaba una velada tan interesante y que el haber enriquecido mi bodega con vuestros espléndidos tesoros me hace tan dichoso que os haré una promesa insólita: si mañana por la mañana tenéis la bondad de seguirme, os mostraré personalmente la gran gruta subterránea donde desde hace más de trescientos años mi familia conserva con gran cuidado sus vinos.»

El caballero, más intrépido que los otros, preguntó en qué parte del castillo se encontraba.

«¡Justo debajo de vuestros pies, señores míos! » respondió Blanca, que ahora parecía espuma salida de las aguas del mar. « No obstante os advierto: no es prudente para un forastero adentrarse sin guía en los tortuosos pasillos que conducen a los barriles.»

«Imagino que será aquella habitación donde los pensamientos tienden a mejorar» replicó el hombre de armas,

mientras el Príncipe llamaba la atención para contarles que no dejaba nunca transcurrir una estación entera sin someter al más rígido de los controles al encargado de la bodega y a sus ayudantes, verificando minuciosamente si de verdad cuidaban sus barriles así como lo hacían con su piel.

Suspiró de deleite y añadió: «He confiado al ojo experto de doce maestros toneleros la misión de descubrir las mejores maderas para mis barriles, yendo a buscarlas a los bosques, lejanos y cercanos.»

«Sin duda el roble es la planta más adecuada para ofrecer su tronco y sus ramas para una opción similar...» intervino el comerciante de especias, deseoso de demostrar su sabiduría.

«¿El roble, decís? Seguro, pero también el castaño e incluso el cerezo... Con árboles y con manos diversas se han construido todos mis barriles, que ascienden a cinco veces cien, del orden de doce cada mes del año, por cuantos son los años de mi vida.»

Un coro asombrado se hizo eco de su afirmación, evidenciando la grandeza del número pronunciado respecto a las exigencias del propietario del castillo.

«Conservad el estupor para mañana, mis señores, cuando podréis admirar con vuestros mismos ojos las ánforas de creta casi enteramente enterradas, donde el vino se deja macerar durante meses junto a las pieles, a las semillas y a la pulpa, para después ser trasegado a la madera.»

«Una gran labor para un hombre solo...» comentó el caballero.

«Y nada si se compara con el placer que de ello recibo» replicó el Príncipe, recordando cómo ya en la Grecia antigua una parcela de tierra cultivada con la vid valía por lo menos seis veces un campo sembrado con el grano. «En realidad, lo que desalienta mi felicidad es un detestable inconveniente, al que he tratado en vano de poner remedio.»

«Si tenéis la bondad de hablarnos, quizás podamos ayudaros a resolver la cuestión» dijo el hombre de armas, interpretando también el sentimiento de sus compañeros.

«A cien millas de aquí, en la ciudad del sol, vivía un estudioso de renombrada fama, que durante toda su vida había estudiado los ciclos de la naturaleza. Imaginando que su ciencia me habría sido de gran utilidad para cultivar lo mejor posible mis viñas y hacer después el mejor vino de todos los reinos, quise traerlo al castillo, cubriéndolo de honores.»

«¿Y luego, que ocurrió?» preguntó el fraile, impaciente por saber, aunque si ya le parecía adivinar que la historia iba a terminar mal.

«Tuvo nuevos instrumentos para observar el cielo y valiosos pergaminos para escribir todas sus notas. No miento si digo que gozaba de los mayores privilegios de cuantos yo nunca hubiera concedido, ni siquiera a mí mismo: dos veces al año venía el sastre para coserle trajes de lujo y de ciudades lejanas llegaban los mensajeros trayéndole los libros más raros para ayudarlo en los estudios. Todo transcurría como una balsa de aceite, o al menos así me parecía, hasta que, un tranquilo día

de primavera me preguntó y obtuvo mi permiso para emprender un viaje hacia una tierra extranjera, allá donde era posible recoger proficuas informaciones sobre el arte de la vid de ciertos hombres de ingenio similar al suyo, de los que llegaba de muchas partes el eco de su fama.»

«¿Ningún temor hizo temblar vuestro corazón?» preguntó el mercante, intuyendo un enredo.

«Seguro de mí mismo y de aquello que le había ofrecido siempre, no dudé ni un instante en proveerlo de suficiente oro para que pudiera pagar a los taberneros, las fondas y las posadas. Para evitar el riesgo de que antes o después se perdiera, le regale un mapa detallado, capaz de guiar los pasos más inciertos.»

«¿Y él que hizo?».

«Prometió. Como hacen los hombres y las mujeres de pocas pretensiones, habituados a nunca dar valor a aquello que juran...Dijo que, fueran como fueran las cosas, volvería antes del solsticio de verano. Sin embargo, desde entonces, no lo he vuelto a ver, ni he tenido noticias suyas.»

«Se podría pensar en una traición, pero no se puede excluir una indisposición, peor todavía, un desafortunadísimo accidente... También una emboscada con el fin de robarle durante su trayecto es un hecho que sería injusto descartar a priori. Por lo menos, hasta una prueba contraria...» dijo el marinero, mientras fruncía la frente rugosa.

«¿Un robo, decís? ¿Por qué no? Tal vez obra de hábiles sicarios a sueldo de mis adversarios, ansiosos de

comprender los amplios conocimientos y los secretos más escondidos» supuso el señor del castillo, que de repente parecía aliviado por poder compartir con los cuatro huéspedes el peso de su carga. «¿Quién lo puede decir? Es justo este mi tormento y mi dilema.»

«¿Lo creéis capaz de engañar y de mentir? Os lo pregunto porque, si este fuera el caso, se podría pensar que su viaje haya sido solo un infame pretexto para abandonar vuestra confortable morada e ir en busca de otro mecenas» continuó el almirante, imaginando un fraude por parte del astrónomo. «Existen individuos que no saben hacer un buen uso de la propia fama y a la primera ocasión la deshonoran vendiéndose al mejor postor como si fueran mercancías en los puestos de las ferias. Ignorando el sentimiento de la gratitud, devuelven con falsa moneda a aquellos que primero supieron apreciar su ciencia, acogiéndolos como reyes en sus cortes.»

«El anhelo del oro hace corruptibles a los hombres, es cierto, y sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, no logro todavía imaginar qué otros señores, en el radio de algunos cientos de millas, hayan sido capaces de atraerlo con recompensas más generosas que las nuestras.»

«Durante la permanencia en esta casa, alentado por los mejores mecanismos adaptados a sus objetivos, podría haber hecho descubrimientos excepcionales, dignos de ser sometidos a la atención de los soberanos de otros pueblos.»

«Pues bien, lo confieso: eso que vos decís abiertamente, yo lo había sospechado en secreto y no sabría

expresar plenamente toda mi desilusión en el caso en el que la hipótesis revelase algún fundamento.»

Los cuatro huéspedes se consultaron brevemente, más con las miradas que con las palabras. Al final, fue el caballero quien se convirtió en embajador de sus unánimes propósitos.

«Lo que nos acabáis de contar nos deja sinceramente afligidos. Por ello nos sentimos obligados a hacer todo lo que nuestras facultades nos permitan para hacer justicia.»

«Vuestro intento es noble pero no veo cómo podríais hacer algo» dijo el Príncipe, visiblemente contrariado frente a la enésima promesa que corría el riesgo de no ser cumplida.

«Cuando los peligros de la epidemia disminuyan, será responsabilidad de cada uno de nosotros retomar el camino hacia su lugar. Pero lo que es cierto es que no retornaremos sin antes haber encontrado al hombre del que habéis recibido una afrenta similar.»

«Si la caza resultara propicia, ¿qué haríais con el astrónomo?».

«Dado que no es asunto nuestro, nos tomaríamos la molestia de entregarlo en vuestras manos, para que podáis ajustar las cuentas que tenéis pendientes con él.»

«En el punto en el que estoy me es difícil fiarme de simples frases redundantes de amor propio: ¡sé por experiencia que bastaría un solo golpe de viento para barrer incluso el recuerdo!».

«¿Rechazáis por tanto nuestra ayuda?» preguntó incrédulo el hombre de armas, sorprendido ante tanta

desconfianza. «¿Un compromiso escrito sería quizás digno de una mayor fe? La tinta hace perdurable en los siglos los más humildes pensamientos.»

«No hay jueces ni códigos que puedan obligar a alguien a mantener las obligaciones de una tal frágil naturaleza.»

«Nos causaríais realmente un gran agravio, mi señor, si descuidaseis tan fácilmente nuestro sentido del honor» se enojó el caballero, resaltando con orgullo que en su vida nunca había faltado a la palabra dada, ni había evadido nunca la responsabilidad de saldar una deuda contraída.

«Me habéis hecho feliz con vuestros obsequios y no quiero aturdiros con mis peticiones. Aceptad, sin embargo, mi humilde propuesta y veréis que nunca jamás pensaré en el astrónomo.»

«Os escuchamos.»

«Pronto os acompañaré a nuestras majestuosas salas de mi biblioteca: allí, entre los manuscritos raros y los más excelentes tratados sobre el arte de hacer vino, conoceréis a otros de mis huéspedes, aquellos que antes de vosotros y con iguales pretensiones llamaron a mis puertas.»

Un silencio lleno de interrogantes no expresados siguió a sus palabras. Los cuatro se miraron asombrados y sobre todo ajenos a la noticia de no ser los únicos en aquel castillo levantado en la sombra, donde solo la voz del anfitrión resonaba profunda.

«¿Quiénes son estos señores que, a nuestro parecer, entre estos muros encontraron una salvación segura de

la muerte y que a una hora tan tardía de la noche todavía están entretenidos entre las páginas de viejos libros?» preguntó desconcertado el fraile.

«Especieros, tejedores, herradores y toneleros, forjadores, sastres, canteros, tintoreros y escribanos: hombres diversos por edad y oficio, pero todos igualmente estudiosos del buen vino.»

«¿Qué hacen todos juntos, en medio de tantos tomos?» dijo tímidamente el mercante, que aquella historia no la veía clara.

«Leen y, por lo tanto, aprenden. Recuerdan y después, escriben,» explicó el Príncipe solitario «ejercitan memoria y fantasía buscando las imágenes y las palabras de las que más tarde brotarán nuevas historias, capaces de saciar mis oídos y alentar mi corazón en nombre del dios vino.»

«¿Por qué no solicitáis a poetas y literatos lo que nos pedís a nosotros, que sabemos de especias y de nudos, de espadas afiladas y de oraciones?»

«Cada uno de vosotros ha demostrado de sobra conocer muchas cosas sobre el tema que más me interesa: el origen de la vid, el uso de las prensas, el rito de la pisada de la uva y las grandes fiestas de la vendimia, el arte de fabricar cubas y de construir bodegas. La viña y su producto, por lo tanto, a través de la historia del hombre. De esto quiero hablar. Esto y solo esto mi hija y yo queremos escuchar.»

Los cuatro viajeros se exaltaron entusiasmados: lo que acababan de oír sonaba como una dulce música en sus oídos. Él, el señor del castillo, los invitó a beber la última copa.

«Dentro de poco el cielo se hará claro y el nombre de Blanca se derretirá como la nieve al sol. ¡Sería de mal agüero si el alba nos sorprendiera todavía despier-tos!».

No respondió a otras preguntas, ni aceptó otros halagos. Se envolvió en su manto de color púrpura y se alejó con paso de parada, mientras el mercante de especias y el almirante, el monje y el valiente caballero fueron acompañados por los sirvientes hacia el gran templo de los libros.

En la puerta de una gran sala iluminada de día por cientos de cirios, un diligente cortesano se ofreció a hacerles de guía y, un momento después, llevaba a los forasteros hacia una variada compañía de soldados de infantería, pañeros, heraldos, canteros, herradores, notarios y campesinos, todos absorbidos por quien sabe que inspiración.

«¡Ánimo, forasteros! ¿No es quizás la vida de los hombres un largo sucederse de representaciones e invenciones? Por ello, tomad sitio con toda libertad donde más os agrade» dijo el cortesano que los había acompañados hasta allí, mientras indicaba un sucederse de habitaciones cada vez más grandes, llamándolas por nombre: La Sala de los Vinos Envejecidos, la de los Pensamientos Embriagados, o también, la Sala de las Vides Retorcidas o aquella de las Fábulas de Mosto. Y así sucesivamente, hasta que la fantasía podía inventar nuevos nombres y nuevas ideas.

Tras una rápida consulta los cuatro decidieron que era mejor no separarse y se acomodaron todos juntos

en la Sala del Vino Irisado, entre las pilas de libros que afrontaban el tema.

«¿Qué hemos venido a hacer?» preguntó con una cierta insolencia el caballero, casi empujando al cortesano que, impasible, se quedó quieto a su lado.

«Entre estas paredes se eluden o se invierten las letras de algunas palabras, con el objetivo de cambiar el significado y hacer de modo que, en cada caso, hablen de aquello que es importante para nuestro Príncipe» explicó con una pequeña dosis de buen humor, pero al verlos perdidos pensó en iluminarlos ayudándose con un ejemplo: «sustituyendo una sola vocal, os será posible transformar, en pocos segundos, algo baldío en el más noble vino.»

«Juguemos, entonces» comentó el mercante, creyendo que fuera fácil. «Bastará que yo ponga una *e* en el lugar de la *a* para ver mi insípida vid traducida en una vid exuberante...».

«El juego es un arte...» sugirió el cortesano. «De cualquier modo, sabed que hasta que no salga el sol podréis disfrutar todavía del singular privilegio del ocio. Espero que os haya quedado claro que todo esto tiene un inicio pero no tendrá un final y que continuará hasta que os quede aliento para respirar, voz para hablar, fantasía para crear. Nuestro Príncipe es el último y el más perfecto de todos los conocedores del vino. Entre estas habitaciones conserva las historias milenarias y transmite la tradición de todas las posibles variantes a las generaciones que vendrán. Que no os engañen sus juegos, no son gratuitos como podrían pareceros, sino

que contribuyen, todos juntos, a mantener unida esta noble materia.»

«¡Vamos, sed generoso y dadnos otro sorbo de buen vino! Nos ayudará a despejar nuestras mentes asediadas de tantos pensamientos de este momento y a calmar nuestra comprensible excitación. Solo de este modo podremos aprovechar el tiempo consagrado al ocio que nos queda» dijo el fraile, que todavía no sabía bien qué pensar.

«¡Pedid y se os dará!» dijo el otro sacando de debajo del traje un frasco forrado de piel. «Viene de Borgoña y os reconciliará con este mundo.»

«¡Bebamos con gusto, amigos! ¡Como si fuera la última gota destinada a los condenados!» exclamó el caballero mientras se liberaba de la cota y dejaba de lado la espada, feliz de no necesitarla más.

Bebieron a turnos de la frasca, hasta que el guardián se la quitó de las manos, para devolverla rápidamente a su sitio.

«Nuestra audacia ha sido premiada. Hemos entrado con los ojos vendados en la boca del dragón y hemos descubierto un país encantado» fue el comentario del mercante de especias. «Vivir sobre las notas de un exaltante himno al vino... ¡que increíble regalo nos ha reservado la suerte!».

En aquel momento tuvo una idea y exhortó a los compañeros que se concentraran en un único pensamiento, tratando, pacientemente, de anular todo lo demás.

«Es un recurso que aprendí en Oriente: desabrochémonos los cinturones, los lazos y cada una de las cuer-

das que tienen atadas nuestras mentes y evoquemos hasta el infinito el sagrado nombre de Baco. Transportados por su sonido, atravesaremos tantos otros y poco a poco todos los sonidos del universo. Por lo tanto, el universo entero.»

«¿Con qué objetivo?» preguntó, curioso, el hombre de armas.

«La euforia que ahora nos gobierna se mezclará con nuestro vacío interior, como la ola que hace todo uno con su espuma y nosotros, durante un instante, conoceremos el éxtasis supremo.»

No continuaron los discursos, solo una lenta propensión en un primer momento, y luego poco a poco una mayor intensidad en sus pensamientos fluctuantes entre las notas de aquel mítico nombre.

Por la mañana, al despertarse, se oía el insistente canto de los mirlos. Ateridos y confundidos miraron a su alrededor con estupor, preguntándose por qué increíble prodigio se encontraban al raso, sobre un prado enfangado, afligidos por la tos y con los huesos casi rotos.

Dirigieron la mirada hacia levante, luego hacia poniente y hacia cada lugar, en la banal búsqueda de la roca que los había engullido en su vientre solo unas horas antes, cuando todavía era una serena velada de primavera.

«¡Este es el lugar, estoy seguro! Y si no fuera este, ¡entonces quiere decir que he enloquecido!» exclamó el caballero, cuya mirada nerviosa se movía rápidamente de un punto cardinal a otro, in busca de ulteriores confirmaciones.

Todos los otros concordaron, aunque si ninguno lograba todavía emitir una opinión razonable sobre lo que había sucedido realmente. De repente, vieron aparecer, a tiro de piedra, a un campesino que caminaba al paso con sus bueyes y de inmediato fueron a su encuentro agitando un trozo de tela en señal de paz, actuando con la esperanza de poder dar una explicación al misterio.

«Buen hombre, quizás vos podáis indicarnos el camino hacia el castillo del Príncipe sin nombre» dijo el mercante, manteniéndose a una precisa distancia.

Él, que para saludarlos se había quitado el sombrero, ante tal pregunta se lo puso de nuevo y retrocedió diez pasos.

«¡De nuevo esta extraña historia!» farfulló entre dientes. Fue solo tras resoplidos, imprecaciones y varios gestos de impaciencia que se decidió informar a los forasteros de aquello que sabía. «Deberíais saber que, por estos lugares, el día es de todos, pero la noche no, ¡esa pertenece a los espectros!».

«¿Qué queréis decir?» dijeron a la vez los viandantes, mirándose el uno al otro con horror.

«Esta es tierra de encantamientos, mis señores. Al atardecer, la gente del lugar se retira a sus hogares y espera las luces del día para salir de nuevo. Y la razón es simple: en cuanto cae la oscuridad, el espíritu del Príncipe que acabáis de evocar y de su inseparable hija abandonan juntos el mundo de los muertos en busca de compañeros que compartan su gran amor por el vino. Tienen poderes que nosotros no tenemos y son capaces de reconstruir con la mente su precioso castillo destruido

un día en un incendio. Al despertar del hechizo, algunos de sus huéspedes enloquecen por la nostalgia. A otros, no les funciona más el corazón por el dolor que sienten al descubrir que se trataba de un simple embrujo.»

«¿Sois realmente sincero en lo que decís?» se informó el monje, siempre el más dudoso de todos, aunque si era el único, entre todos, que creía en las apariciones y en los milagros.

«Más no podría. Este hombre ha vivido desde hace mucho en estas tierras, en otros tiempos, haciendo fecundas las colinas con espléndidas viñas. Se contaban historias que decían que de sus bodegas había hecho auténticos palacios, dedicando cada año una capilla al vino que consideraba mejor. Parece que jamás el corazón de una mujer lo hubiera conquistado de la manera en la que lo hacía una buena cosecha.»

«Entonces, ¿qué ha sucedido esta noche, según vuestro parecer?» preguntó el mercante, alisándose nerviosamente la barba descuidada.

«Si lleváis buen vino con vosotros, parad entonces de interrogaros porque la respuesta la tenéis delante» dijo aquel echando un vistazo debajo de los mantos de los viandantes. Añadió que solo hacía falta el perfume del mosto o del sarmiento de una vid para despertar el deseo de las dos sombras. «Os parecerá extraño pero los espectros saben cómo violar las mentes de los mortales y cómo inducirlos al sueño, como si todo fuera real. La ilusión, sin embargo, no dura mucho porque al amanecer todo se disuelve sin dejar huella de lo que sucede durante la noche.»

«¿El espectro, decís? Estábamos en una taberna cuando un heraldo, que en realidad parecía un ángel, vino a traernos un mensaje de parte del dueño.»

«Un espectro siempre es un espectro: se transforma, desaparece y luego vuelve. Si os ha escogido entre tantos otros, la razón tenía que ser especial...»

«Recuerdo a los otros clientes: una manada de borrachos...» testimonió el caballero, que comenzaba a despejar la cabeza de pensamientos poco nítidos. «Ambiciosos privados de olfato y de papilas, que nuestro Príncipe nunca hubiera recibido en sus espléndidas habitaciones, sabiendo que no se exprime sangre del nabo.»

Sin hacer comentarios, el campesino sugirió a sus interlocutores que se alejaran rápidamente para que una nueva noche no les sorprendiera otra vez en aquel lugar infestado de ánimas perdidas.

«A algunas millas de aquí, un río indica el confín de este reino un tiempo amado por Baco. Buscad el puente de madera y cruzadlo: solo después podréis consideraros a salvo de otros sueños como el que habéis tenido.»

Retomó el camino guiando a los bueyes, mientras los cuatro viajeros se preguntaban sobre si era el caso o no de seguir el consejo.

«¿Mejor el sueño o la peste?» se preguntó el marinero, al que le costaba dar un paso.

Ninguno le respondió, pero todos parecían tener los mismos pesos en los pies. Terminaron por comenzar a caminar en silencio, uno al lado del otro, unidos por el

vínculo de aquella increíble experiencia vivida durante un tiempo que no sabían determinar.

Antes de que oscureciera atravesaron el río y emitieron entrecortados suspiros de alivio. Pero después, teniendo que obedecer cada uno a su propio destino, llegó el momento de separarse, y parecía que casi ninguno de ellos encontraba las palabras capaces de expresar aquel fuerte sentimiento que hacía tan difícil la separación.

Al final, tomó la iniciativa el altivo caballero, que tenía otra vez puesta la armadura y la espada le colgaba de nuevo en un lateral. «Espero realmente encontraros otra vez más, con tal de que suceda en tiempos de mayor sosiego y mientras, en la espera, os deseo una vida justa y sin angustias pero sobretodo ruego que no me olvidéis.»

Se retiró para dejar hablar al monje vagabundo: «De poco valen los rezos de un renegado, pero para ese poco, os prometo que cada día diré un padrenuestro por la salud de vuestra alma y os estaré agradecido si también vosotros hacéis lo mismo por la mía.»

El marinero, siempre devorado por el afán de navegar, siguiendo el rastro de los cuervos, ahora ya no daba señales de tener prisa, ni hablaba ya de las olas y las sirenas. Meditó, y luego saludó a sus compañeros con una esperanza inesperada: «¡Qué venga el oro y nos asista la sabiduría! ¡Qué nos amen en el cielo como en la tierra! Pero sobre todo, amigos míos, quieran los dioses que de ahora en adelante nuestros sueños se asemejen por lo menos en parte a aquello con lo que hemos soñado juntos esta noche.»

Ninguno se sorprendió frente a aquel augurio extravagante, que estaba libre de prejuicios y de miedos. Ninguno hizo ruegos, ni se declaró en desacuerdo. Es más, ¡al contrario! Pareció que aquellas palabras del capitán les habían quitado a todos un peso del estómago.

«En vista de la singular experiencia que nos une,» les dijo el caballero, «os confiaré, y sin temor a ser tomado por un loco, un ingenuo o un inconsciente, y es que a pesar de que la consternación por la que nos hemos enterado haya sido realmente grande, en realidad, en una parte de mí anida el anhelo, poco a poco más vehemente, de aquellas horas transcurridas hablando de un argumento que siempre me hace enardecer y me enamora, en compañía de un hombre sabio y de una dama de gran belleza.»

«¡Vuestra sinceridad obliga a la mía, caballero!» lo apremió el mercante. «Y es por ello por lo que admito con idéntica sinceridad que si comprendo vuestro estado de ánimo y lo apoyo es porque se parece tremendamente al mío... Poco me importa, de hecho, que el señor del castillo y su joven hija sean solo sombras: su mundo es fuego vivo que quema por dentro mi fantasía, renovándola mientras la consume.»

«No puedo decir estar sorprendido por lo que escucho» murmuró el fraile, feliz, por una vez, de no ser la oveja negra de rebaño. «Yo mismo, recordando los hechos apenas mencionados, no he parado de estremecerme de placer, pensando ora en los barriles, ora en la dama blanca...».

«¡Pensad en la fortuna que hemos tenido en toda esta extraña historia! Nos hemos prendado todos de la

misma mujer y sin embargo no nos sentimos rivales. Eso que en la vida real se vería como un uno contra otro armados, en el sueño, al contrario, nos une, ya que un espectro es siempre un espectro, que se puede amar para siempre pero nunca poseer» observó el capitán, muy feliz de poder compartir una pasión tan grande con los compañeros, sin temor de batirse en duelo o penar. Sin que los celos lo cegasen ni la rivalidad lo perdiera.

Tras aquella confesión, los discursos de los cuatro viajeros, libres ya de reticencias y de pudor alguno, se concentraron en el deseo común de revivir aquella experiencia embriagadora, que en una sola noche les había traspasado el corazón y la mente como la punta de una lanza.

Deseo insólito e insensato que alimentaba su voluntad de permanecer juntos. Tanto que, si bien el tímido sol otoñal había alcanzado ya la línea azul del horizonte, ninguno se decidía a tomar la iniciativa de alejarse primero.

Al final, fue el mercante de especias quien dio la solución a la cuestión, arrancándoles a todos la promesa de encontrarse de nuevo, en ese mismo lugar, apenas finalizada la vendimia.

«Será nuestro secreto indisoluble», dijo orgulloso.

«¿Estamos realmente seguros de que sabremos encontrar el lugar de nuevo?» preguntó el clérigo mirando alrededor en busca de referencias certeras. Se dieron cuenta de que no sabían siquiera en qué región se encontraban, o a quién pertenecían aquellos bosques que veían alrededor. Sin embargo, no se desalentaron: aho-

ra, protegidos de los hechizos, podrían haber usado de nuevo sus brújulas o consultar los mapas.

«¡Allá, bajo aquel gigantesco roble!» exclamó el capitán indicando la planta secular como lugar de reencontro. «¿Habéis visto alguna vez uno así de grande? Estoy seguro de que tendrá un nombre y que no habrá una similar en el radio de al menos mil millas.»

«De acuerdo, será nuestro faro. Pero ahora volvamos a nuestras vidas de siempre, aunque con el compromiso de resistir a la peste y mantenernos vivos para poder ser puntuales a la cita.»

«Cuando nos volvamos a encontrar aquí, con nuestro mejor vino, será para nosotros un juego de niños alcanzar la otra orilla del río» aseguró el mercante, recibiendo el consentimiento de todos los otros.

Empujados por los mismos impulsos, unidos por la misma suerte, los cuatro viajeros decidieron que, transcurrido un año, alcanzarían el árbol elegido para después pasar el puente y esperar juntos que al anochecer la silueta oscura del castillo se recortara otra vez en el cielo. Y que, una vez más, su magnífico señor y la gentil dama de las mejillas blancas los admitiría de nuevo en su corte, para hablar de mostos, de amores y de cubas.

Un viento ligero se levantó inesperadamente sobre sus cabezas, casi persiguiéndolos hasta sus respectivas metas.

«Bajo aquel roble» repitieron solemnemente los cuatro compadres, sin alargarse en otras promesas. Luego se separaron, y en el espacio de un respiro desaparecieron detrás de una cadena de colinas.

Entrevista con la escritora

1. ¿Dónde y cuándo nació la idea de escribir

Sueños DiVinos?

La idea nació en una tarde de verano de hace algunos años, entre un calor tirano y una luz cegadora, mientras que bebía media copa de *falanghina*, servida fría, y me vinieron las ganas de inventar una historia que tuviera como protagonista el vino, con el gusto de narrarla, antes que otros, yo misma. Así, a la sombra de un viejo saúco, comencé a trazar las líneas generales, por escrito, en un gran cuaderno de líneas. Deseaba que la historia fuera tan breve como intensa y que, girando alrededor del néctar de Baco, se evidenciara el carácter ambivalente, vital, evocador que desde siempre lo acompañan haciéndose el *dominus* en historias, mitos y antiguas leyendas que no dejan nunca de sorprendernos. Además, el vino triunfa desde hace milenios, junto al pan, sea sobre la mesa profana que sobre el altar, con todas las implicaciones simbólicas que se infieren. Bebida preciosa y, por lo tanto, cargada de significados: nutre el cuerpo, inebria el espíritu, pero dada su naturaleza se convierte en un arma de doble filo si se hace un uso excesivo. En general, desde que el mundo es mundo, el néctar de la uva permanece en un perenne equilibrio entre el lícito y lo prohibido, la alegría y el desenfreno, el buen vivir y la perdición.

En *Sueños di Vinos*, alrededor del vino y sus temas se mueven seis personajes, todos con unas vivencias interesantes, fuera de lo común. Con el mismo criterio que una abeja que vuela rápidamente de flor en flor cogiendo solo lo necesario, de estos personajes me he limitado a mencionar las inquietudes, hurgar entre sus fantasías escondidas, hacer emerger aquí y allá sentimientos inconfesables, sin detenerse largo y tendido, dejando la posibilidad al lector de colmar con su imaginación los espacios vacíos.

2. El vino como personaje principal en los tiempos de la peste. ¿Por qué?

¿Qué mejor pretexto que una epidemia para obligar a parar y a reflexionar a un puñado de hombres que, de otra manera, estarían atareados en viajes, comercios, batallas y otras gestas por mar o por tierra? Fuera del castillo que los vio reunidos, además del miedo del contagio se cierne, muy fría, la noche, con todos sus peligros y sus arcanos. ¿Y entonces como calentarse y alentarse al mismo tiempo, si no es con un vaso de buen vino? ¿Y cómo conjurar la posibilidad de caer víctimas de la maléfica enfermedad si no es con una bebida fuerte y de múltiples poderes, en tiempos en los que la causa que desencadenaba la peste era todavía desconocida?

3. En sus novelas la presencia de las mujeres es una constante. En este caso, Blanca es una voz femenina que no se hace notar mucho y, sin embargo, llama igualmente la atención de los viajeros...

El relato ha sido concebido, de hecho, “al masculi-

no”. Los protagonistas –un príncipe, un caballero, un monje, un marinero y un mercante de especies- son hombres solos y parece que no hay nadie esperándolos en alguna parte de la tierra. En sus vidas están presentes las aventuras, la búsqueda de la justicia, la fuga de los propios errores, la nostalgia por cuanto han perdido, pero son vidas en penumbra, en las que faltan las vibraciones del corazón, las llamadas de los sentimientos. Por este motivo, todos quedan igualmente subyugados a la hija del anfitrión, la etérea Blanca, una mezcla de fascinación, estupor y misterio. Una criatura singular, parca en palabras pero con un lenguaje cautivador y alusivo que va directo a sus almas.

4. ¿Ha tenido que hacer una investigación minuciosa sobre el arte vinícola?

Ha sido un divertido y apasionado paseo en el tiempo y en la geografía, abarcando desde Oriente a Occidente, entre crónicas, anécdotas, referencias curiosas, descripción de costumbres exóticas y detalles dignos de fama, todo esto para confeccionar un relato que busca celebrar la bebida amada por Dionisio en sus variadas declinaciones, en un juego de fantasía, sugestión, evocaciones lejanas y...sueños diVinos.

5. La religión aparece siempre representada desde un punto de vista subversivo. En este caso, el monje no es precisamente un personaje ejemplar...

Si se revisa el Medievo, con lecturas concretas y ampliadas, se descubren cosas buenas sobre tantos

aspectos de la vida de entonces incluso aquellas de los representantes del clero. La imagen del religioso confinado en el claustro, dedicado a rezos y obras de beneficencia no siempre se corresponden con la verdad, es más, no pocas veces se empaña con episodios que nos desvelan la cara más inapropiada de la vida monástica, impregnada no de sincera vocación sino de oportunismo, marcada por la transgresión, con manchas que se extienden desde un difuso comercio de reliquias sacras hasta la apropiación indebida de la limosna de los fieles destinada a obras de caridad, sin contar además con el voto de castidad, generalmente incumplido.

La fe, por tanto, como pretexto para apropiarse de riquezas y poder. Es necesario recordar, por ejemplo, que la construcción de las catedrales, hacia finales del siglo XIV, marcó una fuerte divergencia entre una Iglesia fastuosa y opulenta que levantaba obras maestras de piedra revistiéndolas de oro, mármoles preciosos y costosos adornos, y las poblaciones sobre las que se ensañaban carestías, epidemias, falta de trabajo y miseria. A los ojos de la mayoría resultaba muy difícil conciliar la predicación de caridad y pobreza con las costumbres corruptas de un clero olvidado de su verdadera misión. Supongo, en consecuencia, que el origen de todo esto es el tentativo de encauzar los escándalos en ámbito eclesiástico (por otra parte, nunca pasados de moda) recurriendo a un expeditivo sentido común, así como se recomienda en el antiguo dicho “haz lo que dice el cura, no lo que hace”.

6. El relato evoca la estructura de *Canterbury Tales*, una historia hecha de otras historias que cuentan los personajes.

Sueños diVinos es deudor de una antiquísima tradición literaria que esta basada en la novelística oriental y luego de manera paulatina en el filón griego y latino. En el Trecento, para escribir el *Decameron*, Boccaccio utiliza el repertorio medieval de los *fabliaux*, *lais*, *vidas* de los trovadores y de particular modo el *Novellino*, una colección de relatos toscanos de autor desconocido, aparecida a finales del siglo XIII y a su vez inspirada en la tradición provenzal. En el *Decameron* (como sabemos la palabra vien dle griego y significa “diez días”) el autor prefigura un grupo de jóvenes que para huir de la peste que insidia Florencia se refugia en los campos cercanos, transcurriendo los días entre bailes y juegos, y sobre todo narrando por turnos un relato sobre un tema fijado con anterioridad por el rey del día, elegido por ellos mismos. El propio Chaucer, cuando escribió *I racconti di Canterbury*, estuvo en parte influido por el *Decameron*, leído gracias a la traducción latina que hizo Petrarca.



María Reyes Ferrer es licenciada en filología Inglesa por la Universidad de Murcia y filología Italiana por la Universidad de Salamanca. Completó sus estudios de doctorado en la Universidad de Sevilla en el año 2014 con una tesis sobre la obra de la acuarelista y escritora Adriana Assini.

Actualmente, imparte docencia de lengua y cultura italiana en la Universidad de Murcia y trabaja con el grupo de investigación "Escritoras y Escrituras". Sus investigaciones se centran en los estudios de género y literatura, y ha publicado diversos trabajos en ámbito nacional e internacional.